

# Robert Musil y la carencia de forma

**L**a vida de Musil transcurre entre 1882 y 1942. Este austriaco asistirá por tanto a la primera guerra mundial, a la disolución del Imperio Austro-Húngaro y al advenimiento del nazismo. Su vida sucede, pues, entre un mundo que se desmorona y otro que se alza para caer en la catástrofe. Entre convulsiones. Junto con otros intelectuales —Klimt, Kraus, Simmel—. Musil es consciente de que se sufre un *desequilibrio* generalizado que resulta del paso de una comunidad (*Gemeinschaft*) —con su ideología unitaria y el sentimiento de pertenecer a un todo— a una asociación (*Gesellschaft*) donde se pierden ambas características en virtud fundamentalmente del crecimiento de la población metropolitana (el Imperio se sintetiza en su corazón: Viena). El mundo de seguridad y estabilidad que en 1901 se le va de las manos al Lord Chandos de Hofmannsthal se desequilibra, en efecto, porque sus vínculos ya no unen y sus convenciones son sentidas como falsas. Musil señala esta época como *carente de forma*.

Para enfrentarse a este desequilibrio, a esta desvinculación generalizada, se recorren básicamente dos caminos. De un lado, lo que Claudio Magris ha denominado el *mito habsbúrgico*. Es decir, la nostalgia por el Imperio perdido o a punto de perderse: por su carácter supranacional, su estabilidad burocrática, y su goce hedonista. En definitiva, por los lazos visibles que lo sustentaban, con la figura del paternal emperador Francisco José al frente. Es el caso, por ejemplo, del protagonista de *La cripta de los capuchinos* de Joseph Roth que busca consuelo a su desolación visitando la tumba del Emperador. De otro, la *adquisición de la modernidad*. Efectivamente, en todos los campos de la actividad artística se proclama que se ha encontrado, o al menos que se busca, una forma adecuada a los tiempos que corren, el lenguaje de la *modernidad*. Hermann Bahr y sus compañeros del

café Griensteidl, el arquitecto Otto Wagner y sus seguidores, los Talleres Vieneses de Hoffmann y Moser, etc, tras cada una de sus intervenciones parecen asegurar a sus coetáneos: «y no se olviden ustedes de que somos modernos». Se anhela, pues, un *modelo de reconocimiento simbólico* al que ligar nuevos vínculos. Pero, como se ha señalado en tantas ocasiones, esta Austria ecléctica no enfrenta radicalmente estas dos líneas de salida. En ambos casos, como se ve, el *tiempo* es elemento clave y las discusiones intelectuales reservan un lugar preferente a la relación entre *tradición y modernidad*. Precisamente otro tópico discursivo usual en ese momento —la relación *cultura/civilización*— nos da una clave más general. Norbert Elías ha señalado que es característico del idioma alemán considerar la superioridad de la cultura —los logros de los que una comunidad puede sentirse orgullosa, especialmente espirituales, artísticos y religiosos— sobre la civilización que sería algo útil pero superficial, como lo político, económico y social. Y se consideraba que en el Imperio, de forma paralela al paso de la *Gemeinschaft* a la *Gesellschaft*, se había decaído de la cultura a la civilización. De ahí que análogamente al intento de equiparación, y no de enfrentamiento, de la burguesía vienesa con la aristocracia en la época del surgimiento de la Ringstrasse, se planteara la modernidad no como ruptura con los tiempos anteriores sino como entroncamiento con ellos, es decir, con la *tradición*.

## 1. Dos actitudes unilaterales

El mito hasbúrgico y la adquisición de la modernidad pueden ser puestos en relación —pero no identificados— con dos *actitudes* características y, según Musil, erróneas, de su tiempo.

### A) *La polarización racioide*

Puesto que la vida «está preformada socialmente»<sup>1</sup> lo que se anhela son formas de vida, e ideologías, que ahorren y agrupen energías, más necesarias que nunca ante el mundo velozmente cambiante que lidera el capitalismo. *Modernidad y capitalismo* están estrechamente enlazados. Pero se trata ante todo del predominio del entendimiento sobre el sentimiento, y usando dos neologismos centrales en la obra de Musil, de lo racioide —es decir, aquéllo que es susceptible de repetición, resumible en leyes y reglas, transmisible unívocamente— sobre lo no racioide —terreno de los «valores y las valoraciones»<sup>2</sup>—, y en general de lo ambiguo. Nuestra

<sup>1</sup> Musil, R, Ensayos y conferencias, p, 370.

<sup>2</sup> Idem, p, 66.

época es la «de las máquinas»<sup>3</sup>, en ella se impone «el dominio práctico del mundo»<sup>4</sup>, el triunfo del cálculo, y el predominio de lo estadístico. Puesto que «el vínculo principal es hoy el trabajo»<sup>5</sup> los hombres se unen prioritariamente a través de la profesión que ejercen encerrándose en esferas en las que el crecimiento de la especialización conlleva el ensanchamiento en microcosmos de cada minúscula rama científica. Encerrados en sus particulares marcos de actuación se acrecienta la dificultad para que los individuos desarrollen sus facultades beneficiándose de los logros objetivos y materiales alcanzados. Coincide así la potencia del desarrollo general con la impotencia de los individuos. «Fuera del estrecho círculo de su actividad, cada hombre queda obligado a remitirse a otro como un menor de edad»<sup>6</sup>. Y esta impotencia deja paso a la dejación de la *responsabilidad* en manos de los especialistas, y con especial énfasis, en manos del Estado. El dejar hacer, el dejarse llevar, se convierte en lema de época y el «modo cuantitativo de pensar»<sup>7</sup> privilegia de forma tan exclusiva las capacidades del entendimiento, en cuanto capaz exclusivamente de buscar medios para fines ya establecidos que puede afirmarse a juicio de Musil que con el triunfo del «hombre pragmático»<sup>8</sup> la época carece de «filosofía alguna» (*Idem*) El lema del capitalismo, «el dinero es la medida de todas las cosas»<sup>9</sup>, se impone cada vez con más claridad. Se trata, por decirlo teatralmente, de un *cerebro desalmado*. Musil observará cómo la delegación de poder de los individuos al Estado irá creciendo progresivamente. En sintonía con las reflexiones de Kafka identifica el expediente como símbolo de la relación indirecta del ser humano con el Estado. Que éste piense, decida y actúe por él, escapando progresivamente al control de los particulares le parece característico de una democracia en la que el poder no es tanto ejercido por aquéllos como por las «organizaciones parciales»<sup>10</sup> que en el Estado actúan. El triunfo del nacionalsocialismo es para Musil quizás el exponente más claro de un dejarse llevar que traicionaba la *tradicción* de autonomía moral y libertad de expresión que habían sido características de la cultura alemana desde la Ilustración. Pero ya antes, en 1914, se habría producido en su opinión un desgarrón en la forma de pensar europea que había desplazado su sentimiento de pertenencia desde la cultura —que siempre había sido supranacional— a la nación.

## B) La polarización no racioide

Frente a ese mundo que tenía su espejo paradigmático en la ciudad se produjeron respuestas que intentaban establecer el predominio de lo no racioide, con su insistencia en lo ambiguo y sentimental, sobre lo racioide.

<sup>3</sup> *Idem*, p. 379.

<sup>4</sup> *Idem*, p. 152.

<sup>5</sup> *Idem*, p. 370.

<sup>6</sup> *Idem*, p. 10.

<sup>7</sup> *Idem*, p. 16.

<sup>8</sup> *Idem*, p. 117.

<sup>9</sup> *Idem*, p. 389.

<sup>10</sup> *Idem*, p. 101.

Frente a la *Gesellschaft* se siente la nostalgia por la comunidad (*Gemeinschaft*), se lanzan diatribas contra las máquinas, «la matemática, la lógica y la exactitud»<sup>11</sup>, contra «el llamado intelectualismo»<sup>12</sup>, y se intenta recuperar la «seguridad perdida»<sup>13</sup> de antaño. Este es el caso del citado *mito hasbúrgico*. Con una intensa «nostalgia de fe»<sup>14</sup> se añoran «relaciones ya esfumadas»<sup>15</sup>. Ejemplifiquémoslo de nuevo recurriendo al protagonista de *La cripta de los capuchinos*. Al volver de la primera gran guerra vuelve a una Viena ya no imperial y se encuentra con que su mujer lleva el pelo corto, fuma cigarrillos, usa corbata y rechaza la caballerosidad con que su antiguo pretendiente la obsequiaba antaño. Se añoran igualmente —también en el caso del socialismo— valores ya anacrónicos tales como «fe, precientifismo, simplicidad, humanidad, altruismo»<sup>16</sup>, escribe Musil en 1923.

En el terreno artístico, el impresionismo y el *expresionismo*, manifiestamente en el caso de Oskar Kokoschka, suministran un caso particular en el que esta lucha contra lo racioide se alía al mito hasbúrgico. En su autobiografía, el pintor lamenta la sustitución de la artesanía por las máquinas, añora la posibilidad de viajar sin pasaporte a través de los territorios del Imperio, confiesa que sus únicos problemas eran personales, como no tener dinero, y hace gala constante de una voluntad de epatar que tuvo su momento estelar en la representación de *Asesino, esperanza de las mujeres*, que aspiraba sacerdotalmente a «sacar al público de su letargo»<sup>17</sup>. Del relato del propio Kokoschka se deduce que el propósito de aquella sucesión de incoherencias llamativas no era otro que provocar un escándalo que el pintor asegura muy satisfecho haber conseguido hasta el punto, según él, de haber hecho necesaria la presencia del ejército. Musil, que reconoce al expresionismo importantes logros, se muestra irritado ante la proanalfabeta renuncia a la conceptualidad, al deseo de provocar efectos apelando a la simple expresión de sentimientos, o al deseo «de ampliar el sí mismo hasta convertirlo en comunidad»<sup>18</sup>. Se trataba a su juicio del irracional estímulo a no pensar, a sentir, y a limitarse a evocar ideas «como dolor, amor, eternidad, bien, ansia, puta, sangre, caos, etc»<sup>19</sup> de contenido simplista y confuso. Apenas otra cosa que tópicos enmascarados entre exclamaciones. Un proceso repetitivo, aburridamente banal y circular del que serían también buen ejemplo las obras teatrales de Frank Wedekind *El espíritu de la tierra* (1895) y *La caja de Pandora* (1904). En esta última el dramaturgo decía haber estado trabajando nueve años. Nueve años rumiando la primera aparición de Lulú para continuar aquella «deshilvanada serie de hechos»<sup>20</sup> tal como su amigo Karl Kraus describió aquella sarta de lugares comunes sobre la mujer fatal y su ropa interior. «Noideas fijas de elevada fuerza sentimental»<sup>21</sup>, sentencia Musil respecto a

<sup>11</sup> Idem, p. 81.

<sup>12</sup> Idem, p. 152.

<sup>13</sup> Idem, p. 374.

<sup>14</sup> Idem, p. 373.

<sup>15</sup> Idem, p. 358.

<sup>16</sup> Idem, p. 385.

<sup>17</sup> Kokoschka, o, *Mi vida*, p. 47.

<sup>18</sup> Musil, R, *Ensayos y conferencias*, p. 153.

<sup>19</sup> Idem, p. 127.

<sup>20</sup> Wedekind, F, *Lulú*, p. 9.

<sup>21</sup> Musil, R, *Ensayos y conferencias*, p. 132.